

NEW LEFT REVIEW 132

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2022

ARTÍCULOS

RAHMANE IDRISA	El Sahel: un mapa cognitivo	7
PERRY ANDERSON	La Gran Bretaña de Edgerton	45
KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS	Estructuras de opresión	61
JULIAN STALLABRASS	Cálculo sublime	95
DYLAN RILEY	Respuesta a Harvey	103
DAVID HARVEY	Réplica a Riley	113
PATRICIA McMANUS	Una nueva crítica literaria	123
ALAIN SUPIOT	El error de Foucault	143

CRÍTICA

TOM MERTES	El modelo de Pittsburgh	161
TOR KREVER	Las almas enfrentadas del liberalismo	170

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



PERRY ANDERSON

LA GRAN BRETAÑA DE EDGERTON

The *Rise and Fall of the British Nation*, de David Edgerton, publicado hace tres años, cosechó un bien merecido éxito. Respecto a la vasta literatura sobre los asuntos que aborda, el libro presenta una síntesis impresionante de ideas penetrantes y argumentos lúcidos. Fruto del trabajo de un historiador, cuyos intereses profesionales se han centrado en el ámbito económico y tecnológico, su rango es notable: el libro se ocupa con aplomo y fluidez no solo de cuestiones relacionadas con el sector industrial, sino también con las vinculadas a los asuntos políticos, militares y culturales, cuyo abordaje se halla insuflado característicamente por el brío de una excelente atención prestada a los detalles. El libro está repleto de hechos y cifras sorprendentes narrados con una prosa pujante y vigorosa.

También resulta atractiva la inclinación iconoclasta del texto de Edgerton, repleto de impaciencia ante las convenciones de uno u otro tipo con las que se topa su investigación. El principal resultado de tal temperamento es una notable desmitificación de la historia de los sistemas de bienestar británicos. El libro parte de la demostración de la disparidad existente entre las reformas efectuadas por Lloyd George antes de la Primera Guerra Mundial y la bonanza disfrutada por los rentistas poseedores de la nueva deuda nacional después de la misma, para continuar analizando la sorprendente diferencia constatable entre el gasto efectuado por los conservadores en políticas de bienestar social y defensa durante el periodo de entreguerras y los desembolsos realizados por los laboristas por estos conceptos después de la Segunda Guerra Mundial, lo cual invierte su significado, dado que Attlee gastó comparativamente

mucho más en la segunda rúbrica que en la primera en comparación con Chamberlain; el libro expone igualmente la racanería del celebrado Plan Beveridge, elaborado durante el conflicto bélico, para terminar analizando la «generosidad mínima» del Nuevo Laborismo, que se negó a restaurar las pensiones vinculadas con las retribuciones que Thatcher había eliminado. Intelectualmente, el lector se encuentra con un escritor burbujeante, de buen temple y original; políticamente, con alguien para quien el mundo de la extrema izquierda tiene pocos misterios y no suscita fobias.

A pesar de los considerables méritos del libro, debemos poner de relieve, sin embargo, un cierto número de limitaciones e inconsistencias. Dicho telegráficamente, la primera de ellas se refiere a la ausencia de conceptualización. Los historiadores raramente prestan demasiado interés o se sienten cómodos con las cuestiones conceptuales, siendo la mayoría de ellos ingenuos o adversos respecto de la teoría. Pero si son por lo demás competentes en su oficio, ello no tiene demasiada importancia. En el caso de *The Rise and Fall of the British Nation*, por otro lado, ello sí la tiene, dado que la idea principal organizadora del libro es que nunca existió realmente algo como la «nación británica» en lo que con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial era un imperio cosmopolita liberal, que, sin embargo, se convirtió después de 1945 en una «nueva nación», comparable a las que emergían entonces fruto de la descolonización, antes de extinguirse durante la década de 1980 a manos de Thatcher. Al elaborar esta ambiciosa construcción, sin embargo, Edgerton nunca se detiene a explicar qué entiende por nación, pese a la abundante literatura existente sobre la cuestión. Al hilo de esta persistente ausencia de toda reflexión conceptual resulta realmente sorprendente el tratamiento que recibe el teórico más relevante del asunto en el Reino Unido.

Tom Nairn es citado en quince ocasiones en el libro; apostaría, aunque no he efectuado un recuento exhaustivo, que más frecuentemente que cualquier otra autoridad a la cual se refiere el autor (hay aproximadamente otra docena de referencias a textos de la *New Left Review*, la *Universities and Left Review* o *The New Reasoner*). Sin embargo, en momento alguno Edgerton da muestras de haber comprendido o haberse involucrado coherentemente con el trabajo de Nairn, optando por escoger pasajes del mismo adecuados a su proyecto procedentes de *The Left against Europe* y de *The Enchanted Glass* y, en una ocasión, de «The Nature of the Labour Party». *The Break-Up of Britain* es totalmente

ignorado. Podríamos afirmar que así debía ser, porque este libro se halla realmente alejado de la sobrecargada alternativa de Edgerton. Para Nairn, el Estado anglo-británico surgió a finales del siglo XVII en una sociedad que sería protagonista del primer capitalismo agrario, luego industrial, del mundo, mientras adquiría el mayor imperio jamás constituido en el planeta. Ese descomunal desarrollo precoz significó que este Estado anglo-británico nunca se vio obligado a pasar por la puerta de la modernidad durante el siglo XIX, hecho que constituyó la experiencia normal de cualquier otra sociedad capitalista avanzada, caracterizada por la emergencia de un nacionalismo poderoso, lo cual hizo que aquel persistiera, por el contrario, como un conglomerado típico del *ancien régime*, que mantuvo sometidos a Inglaterra, Escocia e Irlanda bajo la férula de una monarquía que era constitucional en vez de absolutista e imperial antes que territorial.

En la medida en que esta estructura generó algo equivalente a un nacionalismo moderno, este nunca fue únicamente «británico», dado que el Estado sobre el que se basaba no era «británico» sino *Gran* Bretaña. El hecho de que Edgerton tan solo intermitentemente aluda a este término estándar, oficial y popular, para el país, es tremendamente significativo. Nunca ha habido en periodo alguno una nación «únicamente británica», desligada de su molde imperial, como su propio análisis del Partido Laborista de posguerra pone en total evidencia. La estructura del Estado ukariano lo impide.

Una segunda limitación del libro radica en la ausencia de comparación, lo que constituye una característica del trabajo. El mundo mental de *The Rise and Fall of the British Nation* es esencialmente autosuficiente, un universo en el que ningún otro país avanzado, más allá de la aparición muy esporádica de Estados Unidos, encaja en la narrativa o en los análisis contenidos en el libro, cuya bibliografía es totalmente monóglota. La premisa del libro es que «el éxito o no del capitalismo británico fue el problema central de la política británica durante el siglo»¹. Pero en ningún momento se efectúa un intento sostenido de medir este éxito o fracaso en los únicos términos que, por definición, importan en una economía-mundo capitalista: los resultados obtenidos comparados con los logrados por sus competidores. El trabajo está repleto de estadísticas económicas, la mayoría de ellas interesantes, muchas sorprendentes. No es posible encontrar en parte alguna, sin embargo, en más de quinientas páginas, un solo cuadro que ilustre el comportamiento comparativo entre países.

¹ David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation*, Londres, 2018, p. xxiv.

Otro índice de este vacío es la ausencia en *The Rise and Fall of the British Nation*, realmente impresionante por otro lado en cuanto a la amplitud de su rango doméstico, de la política exterior. La seguridad, como se denominaría ahora eufemísticamente, caracteriza gráficamente el historial militar de la relación de Ukania con el mundo exterior. Pero de su historia diplomática encontramos poco o nada. Este vacío resultante en la narrativa de Edgerton significa que no puede decir nada relevante sobre la relación de Ukania con Europa: ¿por qué entró exactamente en el Mercado Común? ¿En que medida se benefició de ello? ¿Qué significó la cambiante estructura de la integración europea para el orden político británico una vez que el país se incorporó al mismo? ¿Por qué se produjo una resistencia tan feroz a Europa en el Partido Laborista durante la década de 1970 y principios de la de 1980 y, después, en el Partido Conservador durante la de 1990 y posteriormente? O, ¿por qué esta situación, que debería haber sido eliminada en un primer momento, ha acabado por prevalecer? Aunque ello es evidentemente central para cualquier discusión de la nación o el nacionalismo británicos, en este trabajo Europa parece situarse más allá del campo visual de Edgerton. Dos ejemplos pueden servir como ilustración de ello. De modo revelador, en su solitaria aparición en el libro, De Gaulle es representado como el artífice del veto a la entrada británica esencialmente por ser contraria a los intereses de los agricultores franceses sin efectuar mención alguna de las preocupaciones geopolíticas subyacentes ante el papel potencial de Estados Unidos derivada de la misma². Sorprendentemente Edgerton puede escribir también que después de Maastricht, «el comercio en el seno de la Unión Europea era tan libre como lo era previamente en las economías nacionales»³, mientras que de hecho no existe ningún mercado único en el sector servicios, que representan el 75 por 100 del PIB de la eurozona.

En tercer lugar, y más paradójicamente, el libro parece carecer de un anclaje político estable. Edgerton se considera a sí mismo, y en muchos sentidos ciertamente lo es, un historiador radical. Pero en este trabajo se trata en cierto sentido de un radicalismo carente de amarre, que flota en diferentes direcciones a lo largo de los periodos y las afirmaciones contenidas en *The Rise and Fall of the British Nation*, y cuyo resultado, más de una vez, desemboca en lo que evidentemente es una extraña incoherencia intelectual y política. Algunas de las premisas subyacentes

² *Ibid.*, pp. 270-271. Para una reflexión previa sobre el libro, véase John Merrick, «Dorando la Gran Bretaña de posguerra», *NLR* 122, mayo-junio de 2020.

³ *Ibid.*, p. 474.

del libro son totalmente convencionales. La entrada de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial es aceptada sin reserva alguna como necesaria para proteger a la patria de la agresión alemana, como si el conflicto no fuera patentemente una contienda entre imperialismos rivales, que no exigía por lo demás la participación británica a tenor de cualquier tipo de cálculo racional. Igualmente, la Guerra Fría es aceptada como una lucha en la que la alianza británica con Estados Unidos era perfectamente razonable, aunque condujera en determinadas ocasiones a un celo excesivo. Estos elementos de sabiduría convencional pueden ser pasados por alto, ya que ninguno de ellos ocupa el primer plano, proporcionando inadvertidamente en cada uno de los respectivos casos un marco de referencia neutro, por así decir, en el que se despliega el relato. Las cosas cambian con la tesis central del libro y sus corolarios.

Declinismo trastornado

¿Cuáles son estos? El arco integral de su argumento supone una inversión del razonamiento que intenta reemplazar. La *bête noire* de Edgerton es el «declinismo», es decir, la idea de que desde la época eduardiana el capitalismo británico ha sufrido un lento retroceso a largo plazo que tras setenta años generó una crisis económica y política tan aguda que finalmente la cura drástica para la misma llegó de la mano del «revivalismo» de la derecha en la forma asumida por el thatcherismo, que le devolvió la salud mediante la restauración de la confianza empresarial y el disciplinamiento del movimiento obrero: bajo las riendas de un gobierno fuerte que supuestamente liberó la iniciativa empresarial y el dinamismo del mercado, el Reino Unido se convirtió a partir de ese momento en la envidia del resto de los regímenes capitalistas de todo el mundo. La verdad era, replica Edgerton, justo la contraria. En el siglo XX, el imperio británico, guiado de Campbell-Bannerman a Chamberlain por una sucesión de hombres de empresa, no solo permaneció sin un equivalente global hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, sino que el capitalismo británico jamás fue tan industrialmente fuerte y exitoso como durante el gobierno laborista formado después de esta. Las cosas se torcieron tan solo con la llegada de Thatcher y el verdadero colapso de buena parte de la industria británica con el sistema impuesto por ella y lo que vino tras el mismo. La «nación británica» experimentó su ascenso entre los mandatos de Attlee y Wilson para decaer durante el periodo transcurrido entre Thatcher y Cameron.

Intelectualmente, esta inversión es negada por las propias pruebas aportadas por Edgerton. Como es bien conocido, si bien ello no es enunciado por él, la ansiedad ante el declive competitivo era una cuestión elemental del debate político en los tiempos de Joseph Chamberlain. Cuarenta años después, bajo el gobierno de Neville Chamberlain, Edgerton admite de pasada que hubo «una necesidad de inversión en la economía nacional», aunque fue «parcialmente cierto» que «la industria británica» fue sacrificada en beneficio de los inversores en bonos de la City, así como de otros inversores de ultramar⁴. Durante este periodo el Partido Laborista fue «siempre servil», «ocupando el poder de vez en cuando», mientras «los sectores industrial, militar, financiero y profesional del Partido Conservador y del Partido Liberal ocupaban el poder durante la totalidad del mencionado periodo». Pero una vez que la mayoría de los trabajadores votó por el Partido Laborista en 1945, otorgándole por primera vez el mando en el parlamento, este emergió en sus verdaderos colores como la fuerza que puso la nación por delante de la clase con un programa construido tanto ideológica como prácticamente en torno a la reconstrucción de posguerra. Con este fin creó un «Estado desarrollista», que desplegó toda una batería de incentivos y controles administrativos: modernización de la infraestructura del país, autosuficiencia en la producción de alimentos, dominio de los mercados exportadores de los productos industriales, incluida la producción automovilística, y liderazgo en la innovación científica y tecnológica, todo lo cual acarrió su transformación general en «la mayor y más rica área económica existente en Europa durante la década de 1960»⁵. Este no era un proyecto socialista, sino nacionalista, al cual Edgerton, aceptando la descripción del Partido Laborista de Tom Nairn pero invirtiendo su veredicto, rinde su admiración. Fue la época en la que la nación británica alcanzó por primera vez su madurez. Si al final de la misma la cuota de exportaciones industriales del Reino Unido había descendido, ello no constituyó un fracaso, sino la mera convergencia con otras naciones hacia su estándar de éxito.

Este análisis triunfalista, sin embargo, es una y otra vez contradicho en otros momentos de la narrativa de Edgerton. Bajo la dirección del nuevo Estado desarrollista, la producción de los derivados de algodón no se modernizó, sino que se eliminó⁶. Los astilleros británicos

⁴ *Ibid.*, pp. 119, 129.

⁵ *Ibid.*, pp. 197, 307, 11.

⁶ *Ibid.*, pp. 317-318.

fueron superados por los alemanes y japoneses ya en la década de 1950⁷. Una tras otra, sus maravillas tecnológicas –reactores nucleares, aviones supersónicos, sistemas de misiles, pilas de combustible, aerodeslizadores– demostraron ser fiascos técnicos o comerciales⁸. La mitad de la inversión en I+D fue consumida por el gasto militar. Cuando se descubrieron los yacimientos petrolíferos en el Mar del Norte, el país no estaba en condiciones de suministrar las plataformas de perforación para acometer su explotación⁹. Tan ligado se halla Edgerton, sin embargo, al relato de los épicos esfuerzos realizados por la nación durante el mandato del Partido Laborista para salir adelante, que incluso la debacle más sonada del periodo, que hizo mofa de su desarrollismo, su gran proyecto de plantación de cacahuetes en África Oriental, es transformada nostálgicamente en una «heroica» apuesta por la modernidad. La confusión del argumento consecutivo se halla elegantemente materializada en la descripción efectuada por Edgerton del líder laborista más orientado tecnológicamente. «El complejo militar-industrial era para Wilson –escribe– un modelo de cómo el Estado podía y debía operar en otras áreas». Veinticinco páginas más tarde es este mismo político quien inteligentemente «quiso embridar al complejo militar-industrial británico»¹⁰.

Para Edgerton, el ascenso de la nación británica culmina, paradójicamente, en la década de 1970. Caricaturizado simultáneamente como el momento del fin del crecimiento de posguerra y del colapso del acuerdo vigente durante ese mismo periodo, se trató de hecho de un tiempo en el que «lejos de expirar, la socialdemocracia y el Estado del bienestar británicos conocieron su punto álgido», cuando «las inversiones del Estado modernizador dieron fruto» y «todavía se hallaban en marcha», cuando «el petróleo prometía la posibilidad de la regeneración nacional» (¿no había ocurrido ya?) y «el Estado intervenía activa y poderosamente en el sector industrial»¹¹. Desafortunadamente, este brillante folleto informativo repentinamente se convirtió después en cenizas. «Fue un momento de transformación que no acabó como se esperaba» (*sic*). La industria automovilística, que una vez había sido la mayor de Europa, colapsó bajo la presión de la competencia exterior. Al poco tiempo la industria del acero siguió sus pasos. En su conjunto, «durante la década

⁷ *Ibid.*, p. 320.

⁸ *Ibid.*, pp. 293-294, 329, 350.

⁹ *Ibid.*, p. 298.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 347, 372.

¹¹ *Ibid.*, p. 403.

de 1970 el marchamo británico había dejado de ser el mejor. Nadie quería los productos que los tecnócratas británicos habían sostenido que serían esenciales para una economía exitosa. El gasto británico en I+D se redujo. Los productos del genio británico no lograron venderse»¹². ¿Qué produjo tal desconcertante alteración de la posición de la nación en el mundo? Edgerton no se digna a darnos una respuesta y tras haber insistido con tanta prolijidad en que quienes hablan de un Reino Unido declinante en vez de desarrollista estaban irremediablemente equivocados, no se halla en condiciones de demostrarlo. En lo que atañe al predominio industrial, la «Nueva Jerusalén» de acuerdo con la cáustica denominación de Correlli Barnett, este había demostrado ser un puro espejismo. Una vez que la entrada en el Mercado Común se hubo confirmado en el referéndum de 1975 y una vez completada la integración en el mismo, «la nación económica estaba acabada»¹³.

¿Cuál fue el resultado? Durante el mandato de Thatcher la producción industrial cayó de modo incluso más intenso a medida que la desregulación y el abandono de los controles del tipo de cambio devastaron una industria nacional tras otra. En el capítulo titulado «A Nation Lost», Edgerton lamenta que en «ninguna otra gran economía capitalista se produjo esta falta de consideración a la existencia de una empresa automovilística nacional, de una empresa química nacional, de una empresa de ingeniería eléctrica nacional o de una empresa electrónica nacional»¹⁴. Si bien la productividad conoció un repunte cuando el capital extranjero se apropió de diversos sectores, que abarcaban desde los vehículos de motor, al acero, el agua y la electricidad, todavía se situaba por detrás de la de los competidores del país. «El declive relativo respecto del resto del mundo continuó»¹⁵. El nacionalismo económico estaba liquidado y los argumentos sobre la revitalización carecían de fundamento¹⁶.

Estos juicios, que se emiten tras el panegírico al rejuvenecimiento nacional llevado a cabo por el Partido Laborista, podrían considerarse una condena sin paliativos del thatcherismo. Pero no: cambiando de lentes abruptamente, Edgerton observa que «desde una perspectiva internacionalista se trata de una historia de progreso, de igualación entre las ahora evanescentes fronteras económicas». Después de todo, «entre 1975 y

¹² *Ibid.*, p. 405.

¹³ *Ibid.*, p. 274.

¹⁴ *Ibid.*, p. 474.

¹⁵ *Ibid.*, p. 470.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 453, 470.

2000 la renta total casi se duplicó». La sociedad era rica como nunca antes, ofreciendo placeres prosaicos a millones a medida que la calidad de los alimentos y de los servicios aumentaba y se incrementaba el consumo de bienes deseables. «La nueva economía internacionalizada era en general más productiva que la vieja economía nacional», ofreciendo una cornucopia de bendiciones: la «apertura al mundo, a otros pueblos así como a otras cosas, trajo más beneficios y mucha felicidad»¹⁷. ¿Hay razones, en efecto, para celebrar la caída de la nación británica?

En la periodización ofrecida por Edgerton –una economía nacional y el ascenso de la nación británica durante el mandato del Partido Laborista entre las décadas de 1950 y 1970 como opuesto a la economía desnacionalizada y la caída de la nación británica durante el mandato de Thatcher y su continuación durante la década de 2000– la dicotomía revela una tensión simétrica, si bien diagonal. En el caso del primer polo de este par, el encomio del éxito es subvertido por la aceptación de la existencia de fracasos; en el segundo, la condena del fracaso es subvertido por el saludo del éxito. Si la secuencia es incoherente, la razón está absolutamente clara: postula una discontinuidad tan «inesperada» –una economía avanzando un día, retrocediendo el siguiente– que desafía la explicación. ¿Qué falta en la narrativa que la modificaría y la dotaría de sentido? La respuesta es doble y realmente evidente.

Piezas faltantes

En primer lugar, la historia de Edgerton deja de lado, o trata insuficientemente, el papel fundamental desempeñado por las finanzas durante el medio siglo respectivo que siguió a sus dos periodos consecutivos de posguerra que siguieron a las dos conflagraciones mundiales. En *The Rise and Fall of the British Nation* la City de Londres es acreedora de poco más de una solitaria página de atención; el área de la libra esterlina ni siquiera de un párrafo. Con su omisión, la historia de los sucesivos gobiernos de posguerra –sobre todo los del Partido Laborista– resulta incomprensible y Edgerton no intenta contar sus particularidades. El peso todavía mayor adquirido por la City en la economía y la política del país durante el mandato de Thatcher, tras la abolición de los controles del tipo de cambio y la gran desregulación del sector financiero británico efectuadas por su gobierno, es dejado de lado con el simple argumento

¹⁷ *Ibid.*, pp. 478-479.

de que aunque la City podía parecer de mayores dimensiones tras la toma de ambas decisiones, «su poder era algo nuevo» carente de conexión con el pasado, una excrecencia ya no particularmente británica, dado que Londres había dejado de exportar capital para convertirse en poco más que un paraíso fiscal para la riqueza extranjera¹⁸.

La realidad, por supuesto, es que la City fue realmente el único sector de la economía que al hilo de sucesivas mutaciones floreció y se expandió entre 1950 y 2000 hasta nuestros días y el único as en la manga del capitalismo británico, que ejerció la correspondiente hegemonía sobre el desarrollo de este a largo plazo. Su última ola de globalización, lejos de ser algo nuevo y ajeno al suelo patrio, respondía totalmente a la lógica de «eversión» que dictó la dirección del Estado y el capital ukanianos desde una época muy temprana de acuerdo con lo descrito de modo clásico por Tom Nairn en textos que Edgerton nunca parece haber consultado. Si lo hubiera hecho, se habría ahorrado su perplejidad ante el inesperado giro registrado durante la década de 1970, que redujo a puro polvo las esperanzas de British Leyland, del National Economic Development Council y demás progenie, mientras ello convertía a Londres en el eje estratosférico del capital planetario.

La primacía a largo plazo de las finanzas sobre la industria en la economía británica no fue, sin embargo, la única continuidad realmente esencial que se extendió durante el último medio siglo hasta el día de hoy. La segunda, que apenas podría haber sido dejada de lado por Edgerton, dado que constituía el propio campo de su especialidad, es objeto de las mejores páginas del libro. La construcción y el mantenimiento de un Estado de guerra, expone Edgerton, fue uno de los ejes centrales del proyecto y de los compromisos del Partido Laborista después de 1945, lo cual obligó al mantenimiento no solo de un gran ejército de tierra basado en la conscripción, sino también el desarrollo de toda una panoplia de nuevo y sofisticado armamento destinado a la prosecución de la Guerra Fría y la represión de las rebeliones coloniales. Attlee y Bevin otorgaron una prioridad máxima a la obtención de la bomba atómica en la cual se invirtieron enormes sumas de dinero sin informar a los gobiernos de turno en un programa, que, en un principio, desconcertó incluso a Churchill, tendente a convertir a Gran Bretaña en una potencia nuclear independiente, lo cual se añadía al resto del arsenal militar, cuyo coste absorbía más recursos que el gasto efectuado en salud

¹⁸ *Ibid.*, p. 471.

o educación. Las guerras, imperiales en origen o anticomunistas en su propósito o aunando ambos objetivos, se produjeron debidamente en cuatro continentes: en Malasia, Corea, Chipre, Kenia, Yemen, Irlanda, las Malvinas. Edgerton no expresa sorpresa alguna ante las mismas, mientras señala que costaron más vidas británicas que las campañas del periodo de entreguerras. Tampoco aborda la cuestión de la alianza con Estados Unidos que las acompañó. La insistencia por parte de Londres en la conservación de sus armas nucleares tras el fracaso registrado en la construcción de los correspondientes sistemas de transporte para las mismas, lo cual requirió la compra de sistemas alternativos estadounidenses y convirtió la posesión independiente de Gran Bretaña de estas armas de disuasión en una ficción, es otra cuestión que Edgerton condena sin paliativos como un despilfarro irracional de dinero.

¿Por qué entonces la «nación británica» del periodo –los años de Kennedy– persistió? ¿Por qué los Trident están todavía entre nosotros? Edgerton únicamente puede sugerir sin convicción que «renunciar incluso a la pretensión de poseer una bomba nacional era demasiado difícil» para cualquier gobierno británico, ya que parecía ceder poder e influencia¹⁹. Pero, ¿por qué es tan difícil contestar a estas preguntas? La respuesta es absolutamente obvia. Esta era una vez más, como lo es hoy, *Gran* Bretaña, portadora del adjetivo que Edgerton apenas puede permitirse pronunciar, dada su negación de la ilusión de que jamás existió una nación británica desinfectada del imperio de su creación. La eversión de Ukania no consistió únicamente en una determinada dirección económica, sino también en una proyección geopolítica: finanzas y fuerza, el poder del dinero y la persuasión del armamento, se hallaban entretejidos en su ADN. La bomba fue una cuestión de prestigio imperial y así sigue siéndolo.

Lo que se convierte en el capítulo conclusivo del relato de Edgerton únicamente confirma, si es que hiciera falta, el permanente marchamo de esta formación sobre el Estado de Gran Bretaña. Tras doscientas páginas sobre los treinta años transcurrido entre Attlee y Callaghan, los menos congeniales treinta siguientes acontecidos entre Thatcher y Brown se despachan en ochenta y de estos el Nuevo Laborismo recibe únicamente veinticinco. Son páginas de una crítica vitriólica. Al adoptar las políticas ampliamente seguidas por el Partido Conservador y al convertirse el Partido Laborista en una estructura de partido muy similar a este, «el Nuevo Laborismo no solo no fue en absoluto Laborismo, sino que

¹⁹ *Ibid.*, p. 435.

tampoco fue Nuevo»²⁰. Ningún consenso bipartidista se había logrado durante las décadas de 1950 y 1960, cuando el *butskellismo* fue en gran medida un mito. Pero ahora ese consenso, que Edgerton denomina «blatherismo», tomó forma. En lo que atañe a la política doméstica, dado que en opinión del Nuevo Laborismo «el problema del comportamiento subóptimo del capitalismo británico ya no existía», la principal innovación del Partido Laborista fue su superadición a las privatizaciones de Thatcher gracias a la externalización de los servicios públicos residuales –hospitales, escuelas, transporte– mediante la financiación de proyectos del sector público con el concurso del sector privado, cuyo efecto económico fue la creación de un nuevo estrato de rentistas. Políticamente, el logro del Nuevo Laborismo no fue únicamente destrozarse toda oposición peligrosa para el capitalismo, sino conseguir la destrucción de la idea misma de oposición mediante la utilización de «un cinismo refinado a fin de ocultar bajo una falsa apariencia la naturaleza del poder»²¹. En el exterior, «reinventó el Reino Unido como contendiente global», involucrando al país en intervenciones efectuadas al este del Canal de Suez al hilo de su participación en las desastrosas guerras desencadenadas por Estados Unidos en Afganistán e Iraq. *The Rise and Fall of the British Nation* concluye con el catafalco de Thatcher siendo portado a su funeral en la catedral de St Paul en el correspondiente carruaje militar ceremonial, mientras Blair se atareaba «en ganar dinero trabajando para algunos de los más viles torturadores y dictadores del planeta».

Deslumbramiento

Políticamente hablando, la ferocidad de la conclusión de Edgerton le honra absolutamente. Intelectualmente, sin embargo, no arroja la luz retrospectiva que debería sobre la nación británica de su imaginario. El imperialismo liberal que asigna a la época de Asquith y Baldwin y que presume prácticamente evaporado tras la Segunda Guerra Mundial está vivo y coleando con Stanley y Basora, constituyendo una valiosa herencia conservada, no reinventada. Correspondientemente, fue Gordon Brown quien lanzó durante el tercer año de guerra en Iraq el eslogan de la «britanidad», la cual consideraba como la suma de los valores y las contribuciones de la nación al mundo, para que fuera inculcado a la ciudadanía. Edgerton señala con amargura que ello constituyó la puerta

²⁰ *Ibid.*, pp. 503-504.

²¹ *Ibid.*, p. 507.

de entrada del UKIP. Pero aunque *The Rise and Fall of the British Nation* fue publicado dos años después del referéndum de 2016, el Brexit no es estudiado en el libro, que no extrae ninguna lección del mismo.

Desde su publicación, sin embargo, Edgerton se ha manifestado con vehemencia sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea. Que ello se halle conectado de algún modo con el pasado británico es un «sinsentido». No es un producto de la historia. «El Brexit es algo nuevo, no un atavismo». No «tiene paralelo en la historia británica del siglo XX», ya que «por primera vez un gran cambio en la orientación política generado internamente no ha sido propuesto, debatido y refinado previamente por un gran partido político»²². Si «cualquier otro primer ministro hubiera mostrado en el pasado una ignorancia tan apabullante sobre las dinámicas del capitalismo global, las filas compactas del capital británico habrían intervenido para imponer un cambio de dirección». Sin embargo, hoy, «el Partido Conservador ha dejado de escuchar». ¿Cómo es ello posible? Esencialmente, porque no tan solo la gran industria sino también la City se han desnacionalizado por mor de las adquisiciones extranjeras de modo que el partido ya no se halla estabilizado por una poderosa conexión orgánica con el capital ni nacional ni localmente»²³. En este vacío, la facción de extrema derecha presente en el mismo, sobresaturada por sus delirios de grandeza, pudo imponer la ruptura completamente irresponsable con la Unión Europea, que ninguna elite estatal competente se halló en esos momentos en condiciones de impedir, apelando a los votantes de mayor edad nostálgicos de un mundo concebido en términos de autosuficiencia británica. La realidad es que «el breve periodo de nacionalidad británica» acabó hace mucho tiempo y lo mejor que puede esperarse en el futuro es la ruptura de Gran Bretaña, esto es, la independencia escocesa, la reunificación irlandesa y la emergencia de una nueva Inglaterra progresista liberada de todas las *folies de grandeur* y en condiciones de repensar su actitud frente a Europa, como Anthony Barnett y otros autores han sostenido²⁴.

²² «Brexit is not a product of history: it's something entirely new», *New Statesman*, 5 de junio de 2019. Unos meses antes, en su «Prefacio» para la edición de bolsillo de *The Rise and Fall of the British Nation*, cit., escrito en enero de 2019, Edgerton ya había anunciado que «el Brexit no tiene nada que ver con la historia profunda», p. xx.

²³ David Edgerton, «Brexit is a necessary crisis – it reveals Britain's true place in the world», *The Guardian*, 9 de octubre de 2019.

²⁴ David Edgerton, «How Britain was sold», *The New Statesman*, 13 de noviembre de 2019; y «Boris Johnson might break up the UK. That's a good thing», *The New York Times*, 10 de enero de 2020.

En este diagnóstico, la ceguera y la perspicacia se entremezclan. Perspicacia: Edgerton tiene ciertamente razón cuando afirma que la clave de la indiferencia de los líderes de la campaña en pro del abandono de la Unión Europea, así como del actual gobierno conservador respecto a la desazón sentida por el sector empresarial ante la perspectiva de esa separación, es la desnacionalización de innumerables actores económicos de primera fila, lo cual ha debilitado los vínculos tradicionales existentes entre el partido y el capital (él también observa correctamente la reticencia de los inversores extranjeros a correr el riesgo de interferencia en la política doméstica). La evaluación efectuada por Edgerton de las capacidades diplomáticas y administrativas de los *hauts fonctionnaires* de Ukania es sin duda igualmente acertada. La noción, sin embargo, de que el Brexit surgió de ninguna parte no es más creíble que la idea de que la economía británica se desbarató durante la década de 1970 de modo impredecible, pasando del ascenso al descenso de un día para otro. En cada uno de estos casos se requiere una implausible discontinuidad histórica para defender una posición ideológica vulnerable. Como en *The Rise and Fall of the British Nation*, el resultado es la incoherencia, porque tras afirmar enérgicamente que el Brexit no ha sido producto de atavismo alguno procedente del pasado, con el cual no presenta ninguna conexión, Edgerton atribuye su victoria a la nostalgia sentida por anticuados votantes conservadores precisamente de ese pasado, definido en este caso como las décadas de 1960 y 1970 a fin de mantener la de 1950 como la década fundante de la nacionalidad británica presidida por un Partido Laborista libre de toda mancha comprometedora y asociada con los productos de fabricación británica de ese periodo en vez de con la memoria de Gran Bretaña, que ciertamente habría significado más para aquellos.

En 2019, la ola conservadora que barrió los distritos obreros del norte del Reino Unido y de las Midlands bajo el eslogan «Get Brexit Done» también puso en evidencia que otros poderosos descontentos se hallaban activos en el rechazo en las urnas de la Unión Europea, de los cuales ni *The Rise and Fall of the British Nation* ni los textos posteriores de Edgerton han tomado nota, ya que estos no prestan ninguna atención a la Unión Europea ni a su impronta sobre el propio Reino Unido. Obviamente en este caso debemos traer a colación determinados hechos, articulados desde los prolegómenos de la candidatura británica al Mercado Común: que Gran Bretaña, a diferencia de cualquier otro gran Estado existente en Europa, nunca fue derrotada u ocupada por una potencia extranjera durante el siglo XX y, por consiguiente, poseía un sentido mucho más

robusto de soberanía externa inviolada; que su poder legislativo afirma un grado de soberanía *interna* plurisecular no limitada por ninguna otra autoridad que la suya propia, lo cual resulta desconocido en cualquier otro lugar del mundo; y que la Unión Europea se había convertido en los inicios del siglo XXI, dado el funcionamiento de su Comisión y las confabulaciones de su Consejo, en una fuerza que se impone abiertamente sobre la voluntad de cualquier asamblea legislativa democrática existente en la zona de la moneda única dispuesta a quebrar los dictados presupuestarios o de otro tipo impuestos por Bruselas, y que dicta regularmente la reversión de toda consulta popular cuyo resultado no sea de su agrado. Que la tensión existente entre estos dos sistemas disímiles de toma de decisiones políticas fuera material combustible no constituye una revelación repentina de 2016. Ello era evidente desde hacía mucho tiempo y la evolución seguida por la Unión Europea tras la firma del Tratado de Maastricht hizo esta tensión cada vez más patente. El Brexit fue muchas cosas, pero una de ellas, y no la menos relevante, fue la demostración de que por deplorable que fuera el estado de la democracia ukaniana, embridada por su sistema mayoritario de elección y por otras restricciones que pesan sobre la misma, esta es menos oligárquica en su estructura que la Unión Europea, y que a la hora de la verdad era capaz de resistir las presiones ejercidas sobre ella, invencibles en cualquier otro punto de Europa, para que revirtiera la voluntad popular cuando la opinión de las elites, nacionales y continentales, así lo exigiera.

El hecho de que Edgerton no haya logrado percibir esto no es una crítica de calado a su trabajo, que como él más o menos explica, es la visión de un muchacho de Montevideo que llegó a Gran Bretaña a la edad de 11 años, arrobado por las vistas y los sonidos de su modernidad en la década de 1970, que después, como estudioso, descubrió el grado de modernidad adquirido por su máquina de guerra desde los tiempos eduardianos y que, observando desde sus logros la industria y la Administración británicas y no contemplando hacia el exterior su función a la hora de definir el Estado imperial, generalizó su carácter especial en un juicio integral del orden económico y político del país tal y como lo había percibido por primera vez, convirtiéndose posteriormente en una obsesión para él los juicios habituales de que este se estaba hundiendo y no ascendiendo²⁵. Aun siendo un refinado estudioso, caracterizado por una notable hones-

²⁵ Volviendo a la carga de nuevo en «Why the Left must abandon the myth of British decline», *The New Statesman*, 6 de octubre de 2021, Edgerton nos imputa a mí mismo y a Tom Nairn, del modo más amistoso posible, que perpetuemos la ilusión.

tidad, su trabajo acaba tanto por ilustrar como por refutar el declinismo que él pretendía rechazar. El libro, aunque acepta algunas perlas de la sabiduría convencional y en más de una ocasión coge con una mano lo que entrega con la otra, contiene algunas de las más radicales desmitificaciones del pasado británico y algunas de las frases más brutales sobre su presente, lo cual es razón para rendirle el más caluroso de los tributos.